

**Próximo
número:**

LA GRANDIOSA
NOVELA - FILM

Bajo dos banderas

SUPER-PRODUCCIÓN DE
Priscilla Dean

POSTAL-FOTOGRAFIA:

TOM MIX

No dejen de adquirirlo

Precio: 25 cts.

LA VENTA EXCLUSIVA DE

La Novela Semanal Cinematográfica

en España y América pertenece á la
«Sociedad General Española de Librería»
Barcelona-Madrid

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 17

25 cts.



LA
PANTERA
NEGRA

por
Florence Reed

Filmoteca

de Catalunya

CHAUMON, Emile

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XVII

(THE BLACK PANTHER'S CLUB, 1921)

LA PANTERA NEGRA

Superproducción de lujo dividida en 5 partes é interpretada por la genial artista norteamericana FLORENCE REED

Exclusiva de INTERNACIONAL FILMS
Valencia 278 — BARCELONA

—¡No va más! ¡Doce encarnado!... ¡Hagan juego, señores! ¡Trece negro!

La numerosa concurrencia, la elite de París que frecuentaba la soberana casa de juego de enigmática mujer, ídolo de los más reacios á las lides amorosas, se agitaba en una efervescencia extraordinaria en torno del tapete verde, en que dominaba en señor el demonio de la tentación.

Las monedas de oro corrian como furioso torrente de un lado para otro, de preferencia hacia el *cajón de la casa*.

Algo maligno aleteaba en el ambiente sujetando á la mesa de la perdición á todos aquellos que, hombres ó mujeres, tendían sus manos avarientas al vicio. Era como un flúido que se filtraba hasta la medula de los huesos contagiando un mal terrible: el deseo de la ostentación á los ojos de la irresistible adorable mujer.

Flexible y silenciosa, pérfida y cruel, La Pantera Negra se desliza por las sinuosidades de la selva en acecho del cuerpo á desgarrar; mimosa y felina, altiva y feroz, La Pantera Negra, mujer fatal, se deslizaba por los salones de su palacio de mármol inundado de luz, en acecho del corazón propicio á ser despedazado.

A un lado del magnífico salón, dos buenos amigos, el Conde Mausley y Marling contemplaban la atracción que ejercía en los hombres la famosa Pantera Negra. Y así discurrieron acerca de ella:

—El atavismo no es una vana palabra, mi querido Mausley. Vea usted, por ejemplo, estoy persuadido de que alguno de sus antepasados ha debido ser como ella, feroz y avariento. La sangre se transmite siempre con sus vicios...

—No, Marling, la sangre no influye para nada. Lo que forma los caracteres es el ambiente y las amistades.

—No participo de su opinión, amigo mio. Mas, fíjese usted en ese joven, Mausley.

De pie frente á la ruleta, un ápesto joven se jugaba cuanto poseía. La suerte le habia sido adversa, salvo raras excepciones, desde que frecuentaba aquellos salones. Unos cuan-

tos billetes constituían los despojos de su fortuna. Sus jugadas eran dirigidas por la presencia de La Pantera Negra, radiante de belleza entre todas las demás mujeres, por la cual el jugador alimentaba una pasión desenfrenada como su juicio en la ruleta. Desesperado al fin por el contiuo perder, decidido á hacer la última tentativa por obtener correspondencia á sus amores, él obcecado puso todo su dinero disponible sobre la mesa:

—¡Vaya al azar mi última esperanza para la conquista de tu amor!

Y perdió, como era inevitable.

Impasible, la hechicera retiróse á su despacho, reclamada en él por su encargado que iba á presentarle la brillante liquidación de la tarde. Cuando estuvo sola, el arruinado fué á implorarla clemencia para él que ardía en la llama de sus locos deseos de cariño. Ella no le hizo caso; no era ciertamente él quien la haria renunciar á su inquebrantable conducta. Si todos tenemos una misión que cumplir en el mundo, la suya era de exterminio de quienes se cogían en sus redes.

Mausley y Marling, que habian seguido el curso de estos acontecimientos, penetraron en el despacho de La Pantera Negra para, usando de su amistad con ella, aconsejarla noblemente.

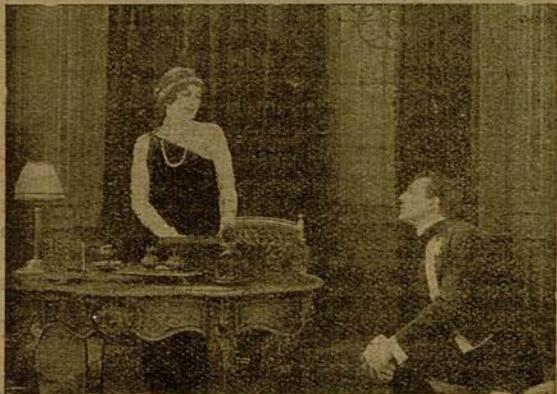
—El desgraciado que acaba usted de despedir es capaz de suicidarse—la dijo Mausley.

—Viniendo aquí ya debia saber á lo que se exponía. Tengo más en qué pensar que ocuparme de un hombre arruinado....

Los dos caballeros se comunicaron con una

mirada de inteligencia el asombro que esta réplica había producido en ellos. Marling, menos compasivo que su amigo por la desequilibrada, la habló de esta manera:

—Quién la puso Pantera Negra anduvo des-
acertado; mejor hubiera hecho en llamarla
Fausta: es usted parecida á ella en todo.



Ella no le hizo caso...

—Fausta.... ¿quién es esa mujer?

—Fausta fué emperatriz de Roma; la diosa más atrozmente cruel de una época en qué florecía por doquier la inmoralidad. Por una de sus sonrisas los hombres luchaban á muerte y un inocente se convirtió en asesino por obtener sus favores.... Y como si el sarcófago que

contuvo vuestro cuerpo hubiese conservado aquella espléndida belleza, héos aquí de nuevo entre los humanos pero siempre «Fausta la Emperatriz».

—Me halaga usted demasiado....

—Al desgraciado gladiador vencido que imploraba á gritos su perdón ella respondió volviendo su pulgar hacia el suelo. Y este signo imperial equivalía á la muerte inmediata. Imáginese usted el grandioso circo y la lucha de los hercúleos gladiadores; al vencido que gime bajo la garra del vencedor; á los espectadores, ávidos de sangre, clamando feroces el remate del herido en vez de su gracia; y por fin, á la Emperatriz pronunciando con satisfacción salvaje la condena de muerte. Al borbotar la sangre roja del infeliz la furia de la turba se aplacaba como si la sed se les hubiese calmado.

—¡Esa mujer era admirable! ¡Su poder era omnipotente! Esa mujer merecía verdaderamente reinar sobre los demás.... Pues bien, en lo sucesivo ¡Yo seré Faustal

—Ya lo es usted.

—¡Y también volveré mi pulgar hacia el suelo para que mis órdenes sean ejecutadas!

Su gesto, el de volver el pulgar hacia el suelo, correspondía por horrorosa concordancia con el suicidio del desdichado arruinado por su amor. Era ella quien le había matado negándole su apoyo cuando aun era tiempo de evitar el triste final de la aventura.

Y pronto la moderna Fausta fué reina de París como la antigua había sido Emperatriz de Roma, hasta que un escándalo de mayor resonancia que los presentes obligó un día á

las autoridades á cerrar la demasiado célebre casa de juego.

El Conde Mausley, enterado de la situación embarazosa en que quedaba La Pantera Negra, á consecuencia de la orden Gubernativa pronunciada en día de numerosos vencimientos de pagos importantes, uno de los cuales era el de la multa impuesta, fué á visitarla.

—¿Qué piensa usted hacer ahora, señora?

—¡Estoy arruinada! ¡Sólo me resta.... desaparecer!

—¿Desaparecer? ¡Querréis decir marcharos de París!

—¡Quién sabel.... Mausley, usted es el único amigo verdaderamente sincero. Voy á confiarle un secreto ignorado de todos...

—Hábleme usted sin recelo....

—Yo estuve casada.... Viví en una abundancia feliz.... Un día mi marido me abandonó y de toda aquella dicha no me queda más que mi hija....

—Prosiga usted, se lo ruego....

—A mi pequeña Mary, tan dulce, tan linda, la he tenido siempre apartada de mi vida aventurera y preferiría morir antes de arrastrarla á este camino de perdición.... Usted es mi amigo.... Prométame que si desaparezco no abandonará á mi pobre hija....

—Palabra de honor, señora....

Nadie volvió á oír hablar de Fausta; había desaparecido sin dejar rastro en el turbulento mar humano de la gran ciudad. Y Mausley cumplió el juramento que la hiciera yendo á recoger á la pobre niña y adoptándola como hija. ¡Qué culpa tenía la inocente criatura!

*
**

Han transcurrido veinte años. Criada en el lujo de una confortable villa inglesa, la niña se ha transformado en una deliciosa jovencita conocida de todos por el nombre de Mary Mausley, la hija adoptiva del Conde.

Con motivo de la entrada al servicio de la casa de un nuevo criado, el mayordomo de la villa señorial le nombra, desde un lugar oculto, las personas que componen la casa:

—Ese es Sir Marling Grayham, un antiguo amigo del Conde. Pero no es precisamente el placer de ver al Conde lo que le atrae por aquí todos los días.... Es Miss Mary, cuya belleza le fascina.... He ahí á Mr. Jack, el hijo del Conde, un joven juerguista que es la causa de todas las preocupaciones de su padre.... Aquél es Mr. Hampton Grayham, hermano de Sir Marling. El es quien arrastra á Mr. Jack á esa vida de perdición.... Y, finalmente, vea á la señora Hampton, bondadosa dama á quien el miserable de su marido, con sus locuras, hace desgraciada....

Después de comer, Hampton y su esposa se dispusieron á regresar á Londres. Antes, aquél tuvo una entrevista particular con Jack y quedaron conformes en encontrarse en cierto cabaret.

El Conde Mausley y Sir Marling salieron á dar un paseo á caballo. El primero advirtió al mozo de cuadra que encerrase el perro en las caballerizas, pues se estaba volviendo una fiera y no era prudente soltarlo. El mozo cum-

plía inmediatamente la orden recibida; mas, ocupado luego en su obligación, no pudo evitar ocurriera un lamentable accidente: el furioso *bul'-dog*, excitado por la presencia del perrito de Mary, que se escapara de las manos de su dueña, rompió la cadena que le sujetaba á la argolla de la puerta de las caballerizas y, arrojándose con rabia desmesurada sobre el animalito, hincó sus dientes en su tierna piel. Mary, sorprendida de los quejidos lastimeros de su favorito, acudió al lugar del suceso poco después que el mozo, agobiado por la falta de vigilancia cuya consecuencia era grave y lo hubiera podido ser más aún, se había llevado al sangriento animal. A la vista de las heridas de su perrito, que un criado se apresuró á tomar de sus brazos para proceder á su curación, Mary, conmovida, sintió que su cerebro se agitaba con violencia hasta que, perdiendo la serenidad, echó á correr como una loca hacia el temeroso muchacho. El mismo látigo de que se servía éste para obligar á la obediencia á los caballos, sirvióle á Mary para castigar al culpable. Fuera de sí, Mary le pegaba con salvajismo tal que el Conde Mausley y Sir Marling, de regreso, evitaron, con su intervención, un trágico fin de aquella odiosa escena.

El Conde detuvo á Mary en su nuevo gesto de venganza:

—¿Qué es esto, Mary?

—¡Es culpa suya! ¡Le he dicho mil veces que encerrase á Brutus!

Y como quisiera seguir pegando al pobre muchacho, Mausley la contuvo con los brazos y Sir Marling la quitó el látigo. Despertando á

la realidad, Mary exclamaba:

—En plena cólera no se lo que hago... Todo lo veo rojo.... Mataría....

—Sin embargo yo creía haber logrado que aprendieses á ser dueña de tus nervios... De todos modos, ya que lo deseas, voy á despedir al causante de lo ocurrido.



¡Es culpa suya!

¡Le he dicho mil veces que encerrase á Brutus!

—¡No le despida, se lo ruego.... No lo ha hecho adrede....!

El criado la devolvía el perrito que ya no lloriqueaba.

—¡Estoy verdaderamente avergonzada de haber golpeado á ese pobre muchacho!

Ese ruego, expresado con profundo pesar, equivalía á solicitar el perdón al maltratado mozo. Era la calma que, sincera y humilde, disipaba la negrura de la borrasca anterior.

Y no pudiendo rechazar de sus ojos las lágrimas que se debatían en sus bordes, Mary huyó hacia la villa para, en la soledad de la reflexión, consolar su remordimiento atroz.

El Conde Mausley, único poseedor del secreto de la identidad de su hija adoptiva, pensaba para sí que quizá la sangre de su madre, *La Pantera Negra*, la *Fausta Moderna* ejercía una funesta influencia en Mary. ¿Tenía razón Sir Marling al afirmar que el atavismo no era palabra vana? Este último, por su parte, estaba pensativo y disgustado por lo que acababa de presenciar. ¿Podían hermanarse belleza y crueldad?

De vuelta á la villa, los dos amigos hablaron de Mary, por la que se interesaban mutuamente.

—Mary es una criatura muy extraña, querido Marling... Jamás va á reuniones ni teatros... sólo se complace estando entre nosotros.

—En efecto, yo también lo he observado.... Pero, en confianza, amigo Mausley, ¿no cree usted que sea una inclinación por Jack lo que la retenga siempre en casa?

—¡Ay! Desgraciadamente mi hijo no es el esposo que conviene á Mary.

En efecto, aquella misma noche, en Londres, á pesar de sus promesas, Jack, arrastrado por Hampton, corría los bares y se embriagaba malgastando el dinero á manos llenas. Siempre que en alguna de sus escapatorias se pro-

ducía un choque con la policía, era Jack quien cargaba con las culpas.

A la mañana siguiente el Conde leyó este artículo en un diario:

“UNA NUEVA ORGIA DESGRACIADA DE JACK MAUSLEY”

“Al hijo del Conde Mausley se le sigue proceso verbal á consecuencia del incidente producido anoche en un bar de moda. El joven, que estaba completamente ebrio,....”

Plenamente convencido de la ruina moral de su hijo, el Conde, herido en su decoro, luchaba con una duda horrible que le laceraba el alma.

Entretanto, Mary, que había comprendido que Marling la amaba desde hacía mucho tiempo, y habiendo sentido ella misma en su corazón el delicioso estremecimiento del amor, estaba decidida á provocar la declaración que el tímido enamorado no se atrevía á pronunciar. A tal efecto, habiéndole visto partir á caballo, se decidió, cerca del lugar por el que Marling debía pasar, á fingir una caída y un desmayo.

El ardid le salió bien pues Marling, requerido por uno de los criados del Conde, la auxilió, enviando al citado criado á buscar á un médico.

Mary apoyaba su linda cabeza sobre el brazo derecho de Marling. El calor de tan dulce carga estimulaba los nobles deseos amorosos de Marling que contemplaba en silencio la maravillosa belleza de su adorada.

Mary, mujer y, como tal, demonio, hizo un movimiento con el cual acercó sus labios á los de Marling, cuyo rostro era bañado por el

suave hálito de ella. Hombre al fin, Marling cayó en la tentación.... y besó la fruta sabrosa.

Mary se reanimó inmediatamente. Marling supuso que su osadía (?) no había sido descubierta. Para convencerse de ello, en camino de regreso á la villa, preguntóla:

—Dígame, Mary: ¿en qué momento volvió usted en sí?

Marling esperaba intranquilo la contestación, que fué tan sorprendente como inesperada:

—En el mismo instante en que usted me besó, Marling.

—¡Por Dios, Mary! ¿Podría usted amarme un poco siquiera?

—¿Tiene usted algo que reprocharse?

—¡Oh, Mary! ¡Sería el más feliz de los hombres!

Nunca, como entonces, fué tan agradable el paseo.

En la villa, las protestas de verdadero amor de los enamorados fueron absolutamente positivas. Mary las inició:

—Es opinión corriente, sobre todo en Inglaterra, que los que se casan en año bisiesto son siempre felices....

—Durante mucho tiempo he luchado con el amor que se ha apoderado de todo mi ser, pero es tan adorable que no me sería posible vivir sin usted.

—¡Marling!

—¡Mary!

Un tierno abrazo y apasionado beso fueron el pacto que unía sus vidas.

Mausley, llegado en aquel *acaramelado* instante, recibió gratamente la sorpresa imprevista y el honor de serle pedida Mary en casamiento por Marling. Mas algo surgió de repente, y contestó á la demanda de su amigo en esta forma:

—No hay hombre en el mundo á quien yo diese á Mary con tanto placer como á usted, querido Marling; pero no es más que mi hija adoptiva y considero un deber decirle....

—No me diga nada.... ¡Sea ó no su hija, la adoro!... Habiéndola usted adoptado no será de mala casta.

—Déjeme algunos días de reflexión antes de darle una respuesta definitiva.

Al día siguiente, los invitados del Conde Mausley tomaban parte en una cacería. Mary deseosa de ir con ellos rogó á su padre adoptivo que la autorizara á ello. Este, algo embarazado, la dijo:

—Te lo ruego, Mary, quédate en casa. No sé que presentimiento me dice que puede haber algún peligro si nos acompañas.

Y, desde luego, Mary se quedó en la villa con Hampton, más amigo del reposo—cuando no iba de juerga—que del ejercicio al aire libre detrás de la jauría, y con su esposa.

Dominada por una idea negra, se la comunicó á la señora Hampton:

—Tengo una inquietud extraña.... No acierto á explicarme por qué motivo no ha querido papá que tomase parte en la cacería.

El presentimiento tomó forma real: todos los invitados regresaron menos el Conde.

¡Se había matado cayendo del caballo!

Mary desmayose en brazos de la señora Hampton.

¡Qué desgracia tan grande!

*
**

Apenas había sido colocada la losa de la tumba sobre el cadáver del Conde, cuando ya los usureros corrían á casa del heredero para reclamar las sumas que locamente había disipado.

Habiéndole puesto los usureros, por delante de sus reclamaciones, el recuerdo de que llevaba entonces el título de Conde Mausley, por cuya razón, heredando todo cuanto su padre poseía, tendría un gran placer en saldar las antiguas deudas, Jack pagó religiosamente á cuantos importunos se le presentaron con Pagarés que ya había olvidado, á pesar de que, —desilusión enorme— la caja del difunto contenía una escasa suma. ¿Qué significaba aquella miseria y las numerosas hipotecas sobre las fincas? Misterio. Mas no era el momento en que los acreedores esperaban, el más á propósito para ponerlo en claro.

Una visita inesperada é intempestiva sumió á Jack en una situación difícil. Era el Presidente de la Asociación Pro-Caridad.

—Su señor padre tenía en custodia un depósito de diez mil libras pertenecientes á la Asociación. ¿Quiere usted tener la bondad de entregarme ese dinero?—le dijo.

Buscando una salida al atolladero en qué se

Monte-Pío, iba á solicitar á Jack revisara las cuentas de su padre en los Bancos para poder retirar las 10.000 Libras de la Asociación. Como Jack vacilara en obrar conforme le indicaba el visitante, éste, enterado, como todas las gentes del lugar, de su conducta inmoral, tuvo una duda, y le manifestó:

—Si usted no logra encontrar las 10.000 Libras, el deshonor recaerá infaliblemente sobre el Conde.

Mary, llegada en aquel momento, oyó esa frase.

—¿Qué es lo que te impide devolver ese dinero?—preguntó á Jack. Y seguidamente, dirigiéndose al Tesorero, le dijo:

—Sepa usted, caballero, que jamás el Conde cometió una indelicadeza.—

—Yo no he pronunciado esa palabra, señorita. Pero, ¿no es extraño que su señor padre se haya matado precisamente el día en que debía entregar ese dinero que no se encuentra en parte alguna? En fin, busquen ustedes bien. Volveré dentro de un mes... y para entonces estoy casi seguro de que lo habrán encontrado.

Tras esta resolución, el visitante se fué.

Hampton se reunió con Jack y Mary para proponerles una combinación:

—Mis queridos amigos—les dijo—no hay más que un medio para encontrar dinero... pero exige que Mary nos ayude:

—¿Ha podido usted suponer que no haría yo todo lo del mundo para salvar del deshonor el nombre de mi padre adoptivo?

Jack, que escuchaba atento, aceptaba de an-

temano lo que se le ocurriese al astuto Hampton. Este contestó así á Mary.

—La sé á usted capaz de todo para eso. Oiga usted pues: Hace años una mujer maravillosamente bella reinaba en los placeres de Paris.... todo lo que Paris encerraba de elegante y de rico corría á las mesas de juego que ella tenía abiertas día y noche. Vea usted la fotografía de esa mujer. Era bella ¿no es cierto? Tenía una mirada fascinadora ¿no es verdad?.... Aquella mujer se llamaba Fausta.... «La Pantera Negra».... y era la MADRE de usted....

—¿Mi.... mi madre?

—Sí; Mary; véalo usted misma por esta carta que ella dirigió al Conde, que la adoptó á usted.

—¡Nol.... ¡esto no es posible!.... ¿mi madre era Fausta?.... ¡no! ¡Esto es una calumnia! ¡Marling me dirá si toda esa historia es verdad!

—Las pruebas no pueden ser más convincentes, Mary. Me permito aconsejarla que hará mal en hablar á Marling de este asunto, que él ignora; ya conoce sus ideas sobre el atavismo y tal vez la juzgue parecida á su madre. Lea usted de nuevo la post-data de la carta de su madre para convencerse de su opinión. Escuche mis consejos Fausta: ha desaparecido hace tiempo y nadie sabe lo que ha sido de ella. Iremos á Paris, abriremos la misma casa de juego y el dinero afluirá como un río de oro.

Mary lloraba amargamente al imaginarse el pasado vergonzoso de la que decían era su madre.

Jack, asombrado de la proposición de Hamp-

ton, intervino, exponiendo su parecer:

—Eso es imposible: Fausta debe ser ahora muy vieja.

Con cinismo incomparable, Hampton reveló su combinación:

—Precisamente fundo todo el plan en la idea de una juventud extraordinaria é inexplicable, que, despertando inmediatamente la curiosidad de los viejos y la pasión de los jóvenes, llenará los salones de juego.

Jack aprobó la idea. Era magnífica. Y unió sus ruegos á los del satánico Hampton para que Mary les prestara su apoyo.

Mas ella no quería traficar con el recuerdo vergonzoso de la que fué su madre. Su herida moral la dolía á muerte.

Sin embargo, el diablo insistía:

—No lo dude, usted sola puede salvar el honor del nombre de su padre. Aquí no hay un céntimo ni para ustedes ni para los acreedores.

—¡No, nunca! —sollozó Mary.

—Reflexione; si usted consiente será la fortuna.... Si rehusa, el deshonor.

Esta palabra, *deshonor*, venció á la pobre joven, que dijo:

—Si no hay otro modo de salir del trance.... accedo, por el honor de mi padre querido.

—No esperaba menos de usted, Mary—dijo la Hampton, satisfecho de su triunfo.

—Gracias, mi buena Mary,—añadió Jack, entreviendo ya una verdadera mina de oro.

—Es preciso que Marling lo ignore todo—dijo Hampton.—Escribale que nos vamos á pasar una temporada á Escocia.

—Pero....

—Marling no sospechará nada....—concluyó Hampton—Cálmese usted....

El mal ganó la dura batalla.

Al día siguiente, Marling recibió esta carta:

“..... Cuando reciba estas líneas, estaré en Escocia. donde quiero llorar, en la soledad, al padre adorado que acabo de perder.

Mary”.

—¿Será cierto el motivo de este precipitado viaje?—se preguntó Marling.

Lo averiguaría.

*
**

En Paris.

Hampton logró alquilar el antiguo hotel de Fausta y amueblarlo exactamente igual que lo estuvo en otro tiempo. Y la noche de la inauguración la afluencia fué enorme.

Los que conocieron á Fausta dudaban que fuese posible su regreso y los jóvenes, empujados por la curiosidad, no tenían más que un deseo: conocerla. Todos acudieron con la secreta esperanza de hacer una conquista....

Mary, metamorfoseada por el ingenio maligno de Hampton, que también conoció á la verdadera Fausta, tenía escrúpulo de presentarse como tal y puso de manifiesto á los dos hombres perversos que la inducían á ello, su decisión:

—He accedido á representar este papel, pero acuérdense de que tan pronto tengamos bastantes fondos para reembolsar las diez mil li-

bras, yo desapareceré de aquí.

E hizo su aparición, febrilmente esperada.

Todos los que vivieron los pasados tiempos de reinado de la hermosa cortesana, exclamaron á un tiempo:

—Es maravilloso: ahora es usted más bella y más joven que antes.

El más viejo, el que más suspiraba por la pérdida de su juventud, la dijo, galante:

—Usted es la prueba evidente de que la «Fontana de Juventud» existe en realidad en algún rincón de nuestro viejo mundo.

Mary le sonrió como sonriera su madre en sus reales tiempos. Como ella, tuvo que fingir, fingir mucho para burlarlos á todos.

Un alto personaje de la aristocracia, el conde Boris, que había sido uno de los adoradores más fervientes de la bella Fausta, fué á ofrecerle su rendido homenaje.

—Cuando comparo mis cabellos grises á su radiante belleza, apenas me atrevo á mirarla á los ojos.

En el ambiente flotaba, por una parte, el anhelo único de un importante núcleo de hombres jóvenes; y por otra parte el asombro ligeramente mezclado de una duda indiscutible de los que aventajaban en crecido número de años á aquellos. Aunque el parecido fuera portentoso, ¿era aquella nueva Fausta la vieja Fausta?

Algunos días después.

Las joyas y las flores, afluyendo diariamente, eran señal inequívoca de que el reinado de Fausta había alcanzado en breve plazo el antiguo esplendor. El conde Boris, en cuyo cora-

zón había arraigado otra vez el interés por *Fausta*, era quien la visitaba más á menudo. En una de sus entrevistas con ella, el conde la regaló un precioso collar de valiosas perlas. Mas, autorizado á colocar él mismo sobre el cuello de *Fausta* tan rico presente, quiso atribuirse mayores derechos que los que le co-



Mas, autorizado á colocar él mismo sobre el cuello de *Fausta*...

rrespondían, no logrando más que disgustarla sobremedida. En un gesto de cólera, *Fausta* arrancóse el collar de perlas y lo arrojó con furia al suelo. El conde Boris, lejos de enfadarse, exclamó sonriendo:

—No sólo he vuelto á encontrar á *Fausta*,

sino que veo que «La Pantera Negra» sigue existiendo en usted.... La suplico, con el alma, no me guarde rencor y me permita depositar estas perlas á sus pies.... Hasta la noche, *Fausta*.

Mary prorrumpió en amargo llanto por la despreciable farsa de la que era triste protagonista.

Por la noche. En los salones de juego un río humano formaba ríos de oro que desembocaban infaliblemente en el insaciable cajón de la Banca.

La señora Hampton, enterada de la combinación que su esposo estaba llevando á cabo, y en la cual había tenido que cooperar como dama de compañía de *Mary-Fausta*, la señora Hampton, decíamos, que conocía al Conde Boris, propuso á éste la acompañase á visitar algunos bodegones donde se reunían los apaches, para conocer su manera de vivir. Siempre dispuesto á complacer á las damas, principalmente á las que podían prestarle servicios impagables,—y la señora Hampton podía servirle para el caso en su calidad de acompañante de *Mary*,—el conde aceptó con mil amores la proposición formulada.

Al reunirse *Mary* con la señora Hampton, ésta la dijo delante del conde, sin malicia alguna:

—Venga con nosotros: proyectamos visitar los bajos fondos de París.

Mary declinó tal oferta.

Entretanto Hampton y Jack, gozándose de su triunfo, pues el negocio iba viento en popa, tuvieron un mal encuentro en el hotel, que les

derribó los fantásticos castillos que construyeron en el aire: ¡Marling, el mismo Marling acababa de llegar!

Hampton, que no necesitaba pruebas acerca del carácter de su hermano, comunicó sus temores á Jack:

—Si Marling vé á Mary y sabe lo que la hemos obligado á hacer, es capaz de matarnos.

—Es preciso evitar que nos vea.

—Sí, larguémonos de aquí; es lo más prudente. Ya volveremos cuando todo el mundo se haya marchado.

Y desaparecieron de los salones, encerrándose en el despacho de la dirección.

Fatalmente, Mary vió á Marling. Al principio dudó que el inopinado encuentro con el hombre amado fuera resistido por sus fuerzas arruinadas por las emociones recibidas á cada paso que daba. Pero serenóse repentinamente, recordando su misión. Y con la mayor naturalidad del mundo, exclamó, tendiendo su mano á Marling, fingiéndose *Fausta*:

—Sir Marling Grayham, qué placer verle de nuevo... la curiosidad ha acabado por vencer la antipatía que usted me testimoniaba en otro tiempo.

Marling estaba desconcertado, y dejóse conducir ante los amigos de Mary, á quienes ella dijo:

—Amigos míos, les presento á Mr. Marling. He aquí al hombre que hace veinte años me bautizó con el nombre de *Fausta*.

Pero Marling no estaba ciego y, consiguiendo hablar á solas con Mary, la reconvino en esta forma:

—La triste celebridad de *Fausta* ha atravesado el canal llegando hasta Londres.....¿Cómo se ha prestado usted, Mary, á esta odiosa comedia?

—Usted mismo lo ha dicho: el atavismo no pierde jamás sus derechos... ¡y yo soy la hija de *Fausta*!

—Mary, esto no es obra suya. ¿Dónde están Hampton y Jack?

—Lo ignoro: estoy sola aquí.

El conde Boris pasaba en aquel momento cerca de *Fausta* y de Marling. Mary consiguió separarse de Marling, lo cual estaba deseando, pues era inmenso el dolor que la causaba la explicación que con él tenía, aceptando el brazo del aristócrata y su compañía para visitar los lugares de la gente del bronce á fin de que aquél no volviera á verla en toda la noche.

Marling, convencido de la infamia cometida por su hermano y el miserable Jack, enterado de su presencia en el hotel por los asiduos de la casa, consiguió sorprenderlos en el despacho de la Dirección.

Los culpables palidecieron y tomaron sus precauciones para contestar á cualquier agresión de Marling.

—¿Por qué han arrastrado á Mary á esta vergonzosa historia?

—...Eso á usted no le interesa; somos bastante mayores para saber lo que debemos hacer.

—Merecen ustedes que les mate con la misma consideración que si fuesen perros.

—¿Es digna, verdaderamente, la hija de una cortesana de tanto ruido?

Marling hubiera castigado cual merecía la opinión de su hermano, si Jack, al fin y al cabo una veleta abandonada al capricho de Hampton, no se interpusiese entre ambos.

Mientras esto ocurría en la casa de juego, el conde Boris, Mary y la señora Hampton llegaban á uno de los cabarets parisienses más concurridos de gente maleante.

Boris condujo á engaño á Mary á un reservado, mientras la señora Hampton los aguardaba en el salón de baile.

Un apache se sentó frente á la señora Hampton y luego, otro, celoso de su compañero porque la dama le gustaba, quiso suplirle, entablándose una lucha feroz cuerpo á cuerpo á la que pronto participaron los partidarios de cada uno de ellos. La señora Hampton, asustada, halló protección en una buena mujer que la indicó la puerta de salida. Esa *protección* era interesada pues el conde Boris acababa de decir á esa mujer, que hacía las veces de camarera y criada del establecimiento, que le desembrazase de ella para quedarse solo con Mary.

Encerrándose con Mary en el reservado, Boris la abrazó sin escuchar protestas. Considerando era inútil seguir fingiendo, la dijo:

—La ví á usted hace tiempo en Inglaterra y la he reconocido perfectamente la primera vez que se hizo pasar por Fausta.

Apelando á su dignidad de mujer honesta, Mary repuso al Conde:

—Si es cierto lo que dice, debe usted saber que yo no soy una mujer de las que se tratan de esta manera.

—Cuando una joven se lanza á la aventura no debe sorprenderse de nada.

La brutalidad del conde se manifestó más aún sobre Mary, á la que besaba sin piedad de sus desesperados esfuerzos por evitar sus caricias.

La policía hizo una *razzia* en el cabaret despejándolo completamente, practicando numerosas detenciones.

La camarera no fué detenida porque en el momento de la aparición de la policía llamaba á la puerta del reservado del conde y Mary, entraba en él, llevando una bandeja con el licor pedido por el noble.

La tregua obtenida en el asedio del miserable conde por la irrupción de la criada, permitió á Mary preguntar á ésta si estaría dispuesta á ayudarla si la entregase todas sus joyas.

La mujer la dijo:

—¿Quién es usted?

—La famosa Fausta conocida de todo Paris.

—No es cierto—protestó aquella—nunca ha habido más que una Fausta ¡y esa soy yo!... Después de tantos esplendores conocí los amores viles; luego, de caída en caída, llegué á la ruina que ve usted hoy.

—¿Qué haces ahí, bruja?—gruñó el conde, que presenciaba hasta entonces desde una ventana las detenciones que seguía haciendo la policía en la calle—¡Vete al diablo con tus historias, loca!

Y la echó de la estancia bañada en el perfume de Mary.

Hampton, Jack y Marling discutían acaloradamente sobre los hechos realizados cuando

la esposa del primero fué á avisarles del peligro que corría Mary en el cabaret.

Marling acudió con Jack y con la señora Hampton á salvarla.

Llegaron cuando la criada, expulsada de la habitación que ocupaban el conde y Mary, salía á la puerta de la calle. No quería dejarles el paso franco. Marling la dijo:

—Arriba hay una mujer y queremos verla.

La criada hizo un movimiento de sorpresa:

—¿Marling, usted aquí?

—Sí, soy Marling. ¿Cómo sabes mi nombre?

Pero, eso no me interesa. ¡Déjanos ir arriba!...

—¿Quién es esa mujer?

—La hija adoptiva del conde Mausley.

—¡Dios mío!

La criada al frente, todos subieron, derribando la puerta del reservado. Aquella entró primero, como una loca; sonó un disparo y cayó al suelo. El criminal huyó.

Mary, que había podido conservarse incólume á pesar del salvajismo demostrado por el conde, se arrojó á los brazos de su amiga Hampton.

Marling y Jak socorrieron á la criada herida. El primero la preguntó:

—¿Por qué se ha adelantado usted á mí?

Y llenóse el recinto de estas palabras de sacrificio:

—¿No es justo que una madre se lance la primera en socorro de su hija?

Todos quedaron petrificados.

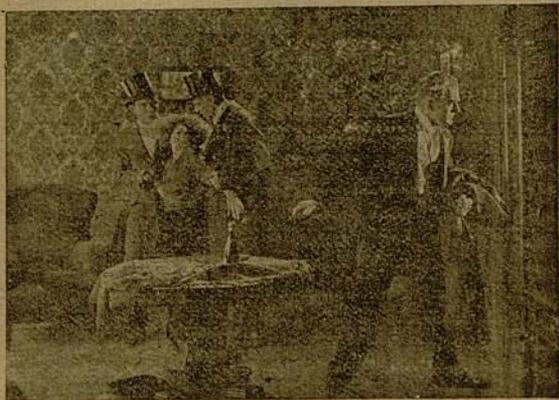
¡Era Fausta, la verdadera Fausta, la madre de Mary!

—¡Madre mía!—sollozó Mary.

Conducida á la casa de juego la Todopoderosa Fausta, convertida por la inclemencia de la vida en un guñapo repugnante, sucumbió. ¡Oh triste fin de las diosas paganas!

Hampton, sin valor para presentarse ante Marling y Mary, huyó de París.

Jack, arrepentido, confesó ante Marling la



El criminal huyó...

inocencia de Mary y la pidió perdón, avergonzado de su conducta.

Después de las angustias y horrores, una vida perfumada por todos los aromas de rien-

tes flores esperaba al fin á los dos seres cuyas pruebas pasadas no habían servido más que para agrandar su amor.

Mary preguntó á Marling:

—Supongo que habrá modificado sus ideas sobre el atavismo. ¿No cree usted factible que cada uno saque de sí mismo el honor necesario á la vida?

—¡Oh sí, Mary! ¡Mi Mary!

FIN

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sansom, El Aventurero	Constance Talmadge
12	La primera novia	Frank Mayo
13	El Pequeño Lord Fauntleroy (1)	Marie Prevost
14	El Pequeño Lord Fauntleroy (2)	Ben Turpin
15	La Tormenta	Pina Menichelli
16	Flor de Amor	Livio Pavanelli
17	La Pantera Negra	Norma Tala adge